

4

EL PRESENTE

Éste es otro de los temas básicos que aparecían en toda la enseñanza del ermitaño. Recuerdo que en uno de los primeros encuentros ya lo expresaba de una manera bien plástica que me ha quedado grabada de por vida: «Habríamos de ponernos en la frente un cartel que dijera PRESENTE y que nos recordase, por tanto, que Dios es presente y que sólo en el presente podemos encontrarlo».

Esta insistencia no era solamente una anécdota, ya que sabía bien, por propia experiencia, que trascender la actividad de la mente —él utilizaba la expresión «el mental»— sólo lo podemos hacer desde una consciencia que se centra en el ahora.⁷

Hablaba del *mental* como del instrumento principal de que nos servimos para crear y reforzar una consciencia de separación

⁷ Nos hallamos cuarenta años antes de que otro gran *despierto*, Eckhart Tolle, publicase su famoso *El poder del ahora*, Gaia Ediciones, con una gran coincidencia de planteamiento.

respecto al resto de las personas y demás criaturas. Este mental se alimenta de la proyección temporal hacia el pasado, sumergiéndonos en una irrealidad hecha de recuerdos agradables o dramáticos, con las consiguientes nostalgias, resentimientos, culpabilidades, etc.; o hacia un futuro igualmente irreal que alimenta nuestros deseos o nuestros temores. No es que negase la bondad intrínseca de esta facultad, ni la utilidad de una cierta proyección temporal hacia el pasado o el futuro para un correcto funcionamiento en nuestra vida diaria, pero nos alertaba de la tendencia errónea a hacer de la actividad mental y de su proyección temporal el eje de nuestra existencia.

Contraponía la consciencia «egóica» —de un ego individual encerrado en sí mismo— con la consciencia despierta a la Realidad en que la conexión —él prefería más hablar de *comuni3n*— era infinitamente más profunda y real que la *separaci3n* que la mente encerrada en sí misma genera y refuerza. Si queríamos vivir, por tanto, esa consciencia despierta, era fundamental ir más allá de las proyecciones temporales de la mente y entrar en la consciencia del presente.

Recuerdo que en un momento determinado le dije: «Es que ya tengo veinticinco años y mira cómo estoy aún...». Y él, sonriendo, me respondió: «¿D3nde los tienes? Enséñamelos. S3lo el ahora es real».

Y cuando le comentaba con tristeza alg3n hecho personal en que hab3a constatado la propia limitaci3n, 3l se apresuraba a ha-

cerme salir de aquel estado de malestar interior con un «Dios no tiene memoria. Dios sólo es presente. Realiza tu presente en Dios y todo queda borrado».

Escuchar eso tenía de entrada una resonancia de facilidad e incluso de una cierta irresponsabilidad o inconsciencia en lo referente a nuestros errores, pero ciertamente no quería decir que no hubiéramos de ser conscientes de ellos y que no debiéramos querer evitarlos en el futuro, sino que la mejor forma de que eso fuera posible es que saliéramos de la identificación con la mente y nos centrásemos en una consciencia más profunda de nosotros mismos a la cual sólo podemos acceder por el presente.

Él sabía muy bien que estar en el presente es inversamente proporcional a la dimensión de nuestro *ego ficticio*, que hemos ido alimentando a lo largo de muchos años de ignorancia con inercias mentales y emocionales, y que han dado lugar a un *personaje* bajo el cual nos proyectamos en el mundo y que marca nuestro estilo de vida y nuestras relaciones. Este ego ficticio se alimenta de la actividad mental proyectada hacia el pasado o el futuro, con las emociones consecuentes, más o menos placenteras, más o menos desagradables o dolorosas, que nos crean y refuerzan la percepción de *estar vivos*, cuando lo que están haciendo es alimentar la consciencia de un sueño.

Desde la vivencia de un presente pleno, como era la del ermitaño, nuestro estar atrapados en un mundo de recuerdos y proyectos, de miedos y deseos, era como vivir en un mundo irreal, tan irreal como percibimos un sueño al despertar en la mañana, a pesar de que, mientras lo vivíamos durante la noche, nos parecía totalmente real.

Sabía muy bien que el círculo *pensamientos-emociones* que se retroalimenta mutuamente en nosotros no es fácil de trascender porque tiene un componente energético importante que nos atrapa en unas inercias difícilmente superables. Nuestra historia personal, hecha de tendencias muy originales con base genética o ambiental, de experiencias primerizas que nos han marcado, de mensajes provenientes de los adultos que nos han transmitido determinados valores y creencias respecto al mundo y las personas, etc., ha ido configurando un *personaje* del cual no nos es fácil *desidentificarnos*. Tal como lo entendí, no se trataba de *negar* este personaje —entre otras cosas porque sería una desencarnación estéril—, sino de *dejar de identificarnos con él*, como consecuencia de habernos despertado a nuestra realidad profunda. Y este despertar sólo lo podemos hacer en el *presente*, en el *ahora*.